

inmenso sarcasmo contra la humanidad. Quizás no hubiese cometido ese error si se hubiese limitado á Francia. El sentimiento nacional hubiera vuelto roma la amarga punta de su talento. ¿Por qué abstenerse de esta ilusión? Debe observarse que Hume, Tito Livio, y generalmente los narradores nacionales, son los historiadores más benignos. Esta benevolencia, aunque mal fundada algunas veces, es un atractivo para leer sus obras. En cuanto á mí, aunque el historiador cosmopolita sea más grande y me agrade más, no odio al historiador patriota. El primero es más según la humanidad, el segundo más según la ciudad. El *cuentista* doméstico de una nación me encanta algunas veces, hasta en su estrecha parcialidad, y hallo algo altanero que me agrada en estas palabras de un árabe á Haggajaj: «No sé más historias que las de mi país.»

Voltaire tiene siempre la ironía á la izquierda y al alcance de la mano, como los marqueses de su tiempo la espada en el cinto. Es fino, brillante, pulimentado, bonito, engarzado en oro, guarnecido de diamantes, pero mata.

Hay conveniencias de lenguaje que sólo se revelan al escritor por el espíritu, por la gracia de las naciones. La palabra *bárbaros*, que está bien en un romano al hablar de los galos, sonaría mal en labios de un francés. Un historiador extranjero no hallaría jamás ciertas expresiones que huelen á indígena. Decimos que Enrique IV gobernó á su pueblo con una bondad paternal; una inscripción china, traducida por los jesuitas, habla de un emperador que reinó con una bondad *maternal*. Colorido enteramente chino y encantador.

Á UN HISTORIADOR

Vuestras descripciones de batallas son muy superiores á los polvorientos y confusos cuadros, sin perspectiva, sin dibujo y faltos de color, que nos ha dejado Mézeray, y á los interminables boletines del P. Daniel; sin embargo, nos permitiréis una observación de la cual creemos que podréis sacar algún provecho, en adelante, para vuestra obra.

Si os habéis aproximado á la manera de los antiguos, no os habéis desprendido aún lo bastante de la rutina de los historiadores modernos; os deteneis demasiado en los pormenores, y no os dedicáis suficientemente á pintar las masas. ¿Qué nos importa, en efecto, que Brissac haya dado una carga contra d'Andelot, que Lanoue fuese derribado de su caballo, y que Montpensier pasase el arroyo? La mayor parte de esos nombres, que aparecen ahí por primera vez en la obra, crean confusión en un punto en el cual el autor no sería jamás demasiado claro, y cuando debería arrebatarse el espíritu por una rápida sucesión de cuadros. El lector se detiene para averiguar á qué partido pertenecen tales ó cuales nombres, para poder seguir el hilo de la narración. No era ese el pro-

cedimiento que emplearon Polibio, y después de él Tácito, los dos primeros pintores de batallas de la antigüedad. Esos grandes historiadores comienzan por darnos una idea exacta de la posición de los dos ejércitos por medio de alguna imagen sensible tomada del orden físico; el ejército estaba formado en semicírculo, tenía la forma de un águila con las alas desplegadas; después vienen los detalles. Los españoles formaban la primera línea, los africanos la segunda, los númidas estaban extendidos por las dos alas, los elefantes marchaban á la cabeza, etc. Pero, os lo preguntaremos á vos mismo, si leyésemos en Tácito: «Vibuleno da una carga contra Rústico, Léntulo es derribado de su caballo, Civilis pasa el arroyo,» es posible que ese boletín hubiese parecido muy claro y muy interesante á los contemporáneos; pero dudamos que hubiese logrado igual favor de la posteridad. Y es error en el cual han incurrido la mayor parte de los historiadores modernos; el hábito de leer crónicas les pone en contacto familiar con los personajes inferiores de la historia, que no deben aparecer en ella; el deseo de decirlo todo, cuando sólo debería decirse lo que es interesante, hace que los empleen como actores en las circunstancias más importantes. De ahí resulta que nos dan descripciones que comprenden perfectamente, ellos y los eruditos, porque conocen las fisonomías; pero en las cuales la mayor parte de los lectores, que no tienen obligación de haber hojeado las crónicas para leer historia, no ven otra cosa más que nombres y fastidio. Generalmente, no debe decirse á la posteridad sino aquello que puede interesarle. Y para interesar á la posteridad, no basta haber ejecutado bien una carga ó haberse caído de caballo; es necesario haberse batido con las manos, y los dientes como Cinéiro, haber muerto como d'Assas, ó haber abrazado las lanzas como Vinkelried.

EXTRACTO DEL «CORREO FRANCÉS»

DEL JUEVES 14 DE SEPTIEMBRE DE 1792 (IV DE LA LIBERTAD)

N.º 257

«La municipalidad de Herespian, departamento del Hérault, ha hecho saber á M. François, su pastor, que entendía tener en adelante un cura que no fuese soltero. El cura François ha contestado de un modo que ha sobrepujado las esperanzas de sus feligreses. Entiende él, tener cinco hijos; el primero se llamará *Juan Jacobo Rousseau*; el segundo *Mirabeau*; el tercero, *Pétion*; el cuarto, *Brissot*; el quinto, *Club de los Jacobinos*. El buen cura legará su patriotismo á sus hijos, y los entregará al cuidado de la patria que vela por el bien de todos los ciudadanos virtuosos.»

DESPUÉS DE UNA LECTURA DEL «MONITOR»

Proethes y Cyestris, viejos filósofos de quienes no se habla ya, que yo sepa, sostuvieron antaño, contradictoriamente, una tesis casi olvidada hoy. Se trataba de saber si era posible que el hombre riese á carcajadas y llorase amargamente á un mismo tiempo. Esta disputa quedó sin solución, y sólo sirvió para hacer más irreconciliables á los discípulos de Heráclito y á los sectarios de Demócrito. Desde 1789 se ha resuelto afirmativamente esta cuestión; conozco un *in-folio* que opera ese fenómeno, y es conveniente que la solución de una disputa filosófica se halle en un *in-folio*. Ese *in-folio* es el *Monitor*. Si queréis reír, abrid el *Monitor*; si queréis llorar, abrid el *Monitor*; si queréis reír y llorar á un tiempo, abrid, también, el *Monitor*.

Por muy buen deseo que se tenga para juzgar la época de nuestra regeneración, es imposible dejar de hallar singular la manera como aquella edad de razón preparaba el advenimiento de nuestra edad de luz. Las academias, colegios de las letras, eran destruídas; las universidades, seminarios de las ciencias, eran disueltas; las desigualdades de ingenio y de talento eran castigadas con pena de muerte, como las desigualdades de rango y de fortuna. Sin embargo, se encontraban aún, para celebrar la ruina de las artes, oradores que brotaban en las tabernas, poetas vomitados por las barracas. En nuestros teatros, de los cuales se desterraban las obras maestras, aullaban atroces rapsodias de oportunidad, ó asquerosos elogios de las virtudes llamadas cívicas. Acabo de hallar,

abriendo el *Monitor* al azar, la lista de los espectáculos del 4 de octubre de 1793; lista que harto justifica las reflexiones que me ha sugerido:

«TEATRO DE LA ÓPERA CÓMICA NACIONAL.—Primera representación de la *Fiesta cívica*, comedia en cinco actos.

— TEATRO NACIONAL.—*La Jornada de Maratón*, ó el *Triunfo de la Libertad*, obra heroica en cuatro actos.

— TEATRO DE LA ZARZUELA.—*Mañana y tarde en el pueblo*; *El Divorcio*; *La Unión en el pueblo*.

— TEATRO DEL LICEO DE LAS ARTES.—*El regreso de la flota nacional*.

— TEATRO DE LA REPÚBLICA.—*El Divorcio tártaro*, comedia en cinco actos.

— TEATRO FRANCÉS CÓMICO Y LÍRICO.—*Puzot, rey del Calvados*.»

En esas diez líneas literarias está caracterizada la revolución. Leyes inmorales dignamente elogiadas en inmorales ostentaciones; óperas cómicas sobre los muertos. Sin embargo, no hubiera debido prostituir el noble nombre de poetas otorgándolo á los autores de esas lúgubres farsas; la guillotina y no el teatro, era entonces para los poetas.

Después de lo odioso viene la risible. Volved la página. Asistís á una sesión de los jacobinos. He aquí su comienzo: «La sección de la Cruz Roja, temiendo que esa denominación pueda perpetuar el veneno del fanatismo, declara al consejo que la substituirá por la de sección del *Gorro Rojo*...» Afirmino que esta cita es exacta.

¿Se quiere á un mismo tiempo lo atroz y lo ridículo? Léase una carta del representante Dumont á la Convención, en fecha del 1.º de octubre de 1793: «Ciudadanos colegas: os indicaba, hace dos días, la cruel situación en la cual se hallaban los descami-

sados de Boulogne, y la criminal gestión de los administradores y oficiales municipales. Os digo lo mismo de Montreuil, y he usado en esta última ciudad de mi excelente remedio—la guillotina.—Después de haber obrado así á satisfacción de todos los patriotas, he tenido el dulce consuelo de oír, como en Montreuil, los repetidos gritos de ¡Viva la Montaña! Cuarenta y cuatro carretas llevaron ante mí á las personas...»

El *Monitor*, libro tan fecundo en meditaciones, es, poco más ó menos, la única ventaja que hemos sacado de treinta años de desgracias. Nuestra revolución de lodo y de sangre ha dejado un monumento único é indeleble, un monumento de tinta y de papel.

El armiño de primer presidente del parlamento de París fué más de una vez ensangrentado por muertes populares ó jurídicas; y la historia recogerá este hecho singular, á saber, que el primer titular de ese empleo, Simón de Bucy, para quien fué instituido en 1440, y el último que le desempeñó, Bochart de Saron, fueron ambos víctimas de agitaciones populares. ¡Fatalidad digna de meditación!

Todo historiador que se deja llevar por la historia, y que no domina el conjunto, se ve infaliblemente sumergido bajo los pormenores.

Sindbad el marino, ó no sé cual otro personaje de las *Mil y una noches*, halló un día, al borde de un torrente, á un anciano extenuado que no podía pasarlo. Sindbad le prestó la ayuda de sus hombros, y el buen hombre, cogiéndose á ellos con un vigor

diabólico, se convirtió en el más imperioso de los amos, y el más tenaz de los jinetes. He ahí, en mi opinión, el caso de todo hombre aventurero que toma el tiempo pasado sobre sus hombros para hacerle pasar el Leteo, es decir, para que escriba historia. El enfermizo anciano le traza, con caprichosa minucia, un camino tortuoso y difícil; si el esclavo obedece á todos sus desplantes, y no tiene fuerza para tomar un camino más recto y más corto, le ahoga maliciosamente en el río.